

Interludio 8: Una promesa entre amigos - La balada de un dragón semi- benévolo

- Interludio 8: Una promesa entre amigos - La balada de un dragón semi-benévolo

Interludio 8: Una promesa entre amigos - La balada de un dragón semi-benévolo

Elerion contemplaba el horizonte. El sol había ocultado su rostro hacía ya un tiempo, pero aún no caía la noche. En cambio, el cielo se iluminaba con rastrojos vibrantes de violeta, índigo, esmeralda, celeste y magenta. Si hubieran estado más al norte, probablemente lo habría llamado hermoso. Después de todo, pocos pueden decir que han viajado tan al norte como para presenciar las famosas auroras boreales.

¿Pero aquí, tan al sur?

No. No había belleza en aquellas luces. Solo quienes comprendían su verdadera naturaleza podían contemplarlas con creciente temor. Las tierras soñadas se estaban fundiendo en el mundo físico — otra señal de que el poder de Kagami había alcanzado proporciones verdaderamente monstruosas.

Una sombra inmensa se cernió sobre él, y contuvo un suspiro de irritación. Nunca dejaba de sorprenderle cómo Doomwing podía moverse en silencio cuando así lo deseaba. Si tuviera que adivinar, el dragón esquivaba varios conjuros de alto nivel en conjunto con poderosas runas para ocultar su aproximación. Por supuesto, el dragón negaría hacerlo, pero simplemente no era posible que alguien tan enorme pudiera desplazarse con tanta sigilo sin la ayuda de la magia.

“Mañana”, rugió Doomwing. “De una forma u otra, esto termina mañana.” Elevándose por encima de Elerion, sus ojos dorados se entrecerraron apenas, y sus músculos tensaron bajo las escamas resplandecientes de rubí y zafiro. “¿Tienes miedo?”

Elerion soltó una carcajada corta y tendió una mano. Estaba temblando. “Por supuesto que tengo miedo. Estamos a kilómetros de ella, y aun así... puedo sentir su poder sin siquiera esforzarme. Kagami siempre fue más fuerte que yo. ¿Y ahora? Ella se siente más poderosa que tú, viejo amigo.” Sacudió la cabeza. “No pensé que eso fuera posible.”

“Soy fuerte”, dijo Doomwing. “Pero mi fuerza palidece en comparación con algunos enemigos que he enfrentado.” El aire se volvió pesado con poder y arrepentimiento. “Si hubieras podido ver lo que yo he visto... por poderoso que sea Kagami ahora, no ha crecido tanto como para que no pueda imaginar que puedo vencerla.”

“¿Alguna vez te enfrentaste a un enemigo así? ¿Un enemigo contra el que ni siquiera puedas imaginarte vencer?”

Doomwing lanzó un retumbante gruñido. Venía hondo, desde lo más profundo de su pecho, como si una montaña estuviera cediendo. “Sí.”

“Pero ganaste, ¿verdad? Después de todo, todavía estás aquí.”

“¿Ganar? No.” Doomwing negó con la cabeza. “Debí haber muerto aquel día. Era joven entonces, tan joven, pero incluso ahora, después de todos estos años y de la fuerza que he adquirido, no puedo imaginar vencer a ese enemigo en particular.” Su mirada se perdió en el cielo roto sobre ellos. “Había más dragones entonces, amigo mío, muchos más, tantos que parecía que el cielo no podía contenerlos a todos.” Por un momento, Doomwing pareció más joven, y Elerion casi pudo imaginar al cría que fue en aquel entonces, hace tanto tiempo. “El más poderoso de nosotros aún vivía entonces, y los dioses recorrían el mundo.”

“¿Qué fue lo que ocurrió?” preguntó Elerion.

“Murieron. Los mayores dragones que hayan existido y todos los dioses—murieron. Casi todos los que éramos... tantos que ese día nuestros huesos se apilaban tan alto como montañas, y nuestras escamas parecían granos de arena en un desierto.”

Elerion permaneció en silencio. ¿Qué podía decir ante eso? Y luego, pese a la gravedad del asunto, sintió que una sonrisa irónica se dibujaba en sus labios. “En comparación con alguien que pudo hacer eso, Kagami ya no parece tan dura.”

La sonrisa de Doomwing era llena de dientes. “No. No, ella no lo hace.”

Elerion apretó el puño para evitar que su mano temblara. “Debes pensar que soy un cobarde.”

“No. Si no tuvieras miedo, pensaría que eres un tonto. Tú no soy yo, Elerion. Puedes ser el más grande de los hombres, pero aún eres un hombre. Tu poder no se compara con el mío, ni con el de Kagami. Para ella, quizás seas sólo una hormiga. Además, un cobarde no estaría aquí. Habría huido hace mucho.”

“Es cierto, un cobarde habría huido.” Elerion sonrió con ironía. “Solo un valiente... o un loco habría permanecido.”

Pasaron los siguientes instantes en silencio, y Elerion sintió que su mirada se dirigía hacia su reflejo en el lago delante de él. Sus ojos violetas seguían afilados, pero su rostro estaba delgado y marcado por el paso del tiempo, y su cabello ahora era más gris que dorado. Se había envejecido, o tal vez hacía tiempo que era viejo y solo ahora lo había visto con claridad. Era tan fácil dejar que las estaciones pasaran sin notarlo, con Kagami e Hikari a su lado. Había sido tan feliz. Ellos habían sido tan felices.

“Vas a morir, ¿lo sabes, no?” susurró Doomwing. “Mañana, durante la batalla. No hay forma de que sobrevivas. Si Kagami no te mata ella misma, seguro que alguno de sus secuaces lo hará. Ni Marcus ni yo podremos protegerte, no con todos los enemigos que tendremos que enfrentar. Incluso en tu mejor momento eso sería así. Y ahora...”

Los labios de Elerion se curvaron. "Dilo, viejo amigo. Soy un anciano, mucho más allá de mi mejor momento. Aunque Kagami no hubiera enloquecido y decidido matarnos a todos, solo me quedaría una década más de vida."

Echó un vistazo por encima del hombro, hacia el campamento donde sus seguidores se habían reunido. Buenos hombres, confiables todos. Algunos habían estado con él desde el principio, y la mayoría había crecido sin conocer a otro rey más que él. Era el Alto Rey, y ellos le seguían porque él lideraba, porque creían que mientras viviera, todavía había esperanza de ganar, sin importar cuán desesperada fuera la batalla.

Había una posibilidad de victoria, pero esta no vendría de sus espadas ni lanzas. No. La verdadera esperanza residía en Doomwing. Ellos estaban allí para evitar que el dragón fuera aplastado. Morirían – todos ellos – con la esperanza de que su sacrificio diera tiempo a Doomwing para hacer lo que debía hacer.

Habría sido gracioso si no fuera tan trágico.

"Les mentí, ¿sabes?" dijo Elerion. "Cuando me preguntaron si podíamos ganar. Les dije que sí podíamos."

"Podemos. Lo haremos."

"Quizá. Pero olvidé mencionarles que todos van a morir. Que yo también voy a morir." Elerion respiró hondo. "Mi yo más joven estaría disgustado. Pero... he sido Alto Rey por mucho tiempo, Doomwing. La vida no es un cuento de hadas. A veces, la verdad no te libera."

El dragón emitió un gruñido profundo y resonante. El lago tembló, y Elerion tembló también. "¡Eres tan tonto ahora como cuando nos conocimos! ¿Crees que no saben? Han visto con sus propios ojos lo que Kagami y sus seguidores pueden hacer. Saben lo desesperadamente desprotegidos que están. Saben que su único propósito es entregar sus vidas, para que yo pueda enfrentar a Kagami sin ser completamente sobrepasado."

—¿Entonces, por qué...?

—Porque tú eres su rey. Porque confían en que no les pedirías esto si hubiera alguna otra forma... y porque aman lo que han dejado atrás más que temer al enemigo que los espera. La mirada de Doomwing se elevó nuevamente al cielo. —Además, si huyen, ¿a dónde podrían ir que Kagami no pueda seguirlos? Es mejor morir aquí, cuando la victoria aún es posible, que huir y rendirse ante una derrota segura, por larga y prolongada que sea.

Elerion tragó saliva con dificultad. Aún tenía mucho que decir, pero no encontraba las palabras, o quizás temía plasmar en ellas los pensamientos que se negaban a abandonar su mente. Hablar de sus miedos los convertiría en algo real, y ahora, más que nunca, no podía permitirse que sus temores lo dominaran.

—¿Crees que seremos recordados? —preguntó al fin Elerion—. Parece tonto, pero si vamos a morir aquí, deseo que nos recuerden.

—¿Por quién?

—Por alguien —dijo Elerion—. Por... por nuestros descendientes o los reinos de hombres que queden después de esto. Solo quiero... son buena gente, Doomwing. No merecen ser olvidados. Y yo... quiero creer que he sido un buen rey. No quiero que me olviden también a mí.

El dragón lo observó fijamente; la intensidad de su mirada pesaba más que una montaña. Los años parecieron desvanecerse, y Elerion dejó de ser el Alto Rey. Era ese estúpido y tonto muchacho de campo que, de alguna manera, logró convencer a un dragón de que no valía la pena comérselo. En ese instante, solo una palabra de Doomwing habría sido suficiente para quebrar su resolución. Quizá en el pasado, Doomwing lo habría hecho. Elerion sabía bien que el dragón no solía modular sus palabras solo para no herir los sentimientos de los demás.

Y, sin embargo, las palabras de crítica no llegaron — al menos, no de la manera en que Elerion esperaba.

—Serás olvidado —dijo Doomwing—. Eres un rey de hombres, y las memorias de los hombres son breves. Por muy valientes que hayan sido tus hechos o por muy sabio que haya sido tu mandato, llegará el día en que los reinos de los hombres olvidarán tu nombre y tus acciones pasarán más allá del mito y la leyenda.

Elerion retrocedió como si lo hubieran golpeado, pero Doomwing no dejó de hablar.

—Pero yo no soy un hombre. Soy un dragón. Soy Doomwing. Fui creado cuando los dioses aún caminaban por el mundo. Recuerdo el abrazo del Árbol Madre antes de su caída. Observé cómo los océanos se alzaron y vi a los muertos barrer como una plaga negra por el mundo. Luché contra la estrella caída, y ahora enfrento a un tejedor de sueños que enloqueció. Yo, Doomwing, he visto todo esto. Yo, Doomwing, he olvidado más de lo que la mayoría podrá recordar. Y te prometo, Elerion, que quizás tu pueblo te olvide, tus acciones y tu mandato, incluso tu propio nombre, pero yo, Doomwing, no te olvidaré. Desde este día hasta mi último suspiro, te recordaré.

Elerion abrió la boca para responder, pero las palabras se negaron a salir. Solo pudo inclinar su cabeza en señal de agradecimiento y fingir que la humedad en sus mejillas era la lluvia que empezaba a caer.

—Ve —dijo Doomwing, inclinando su cabeza hacia el campamento—. Has pasado suficiente tiempo aquí. Pasa tu última noche con aquellos que han decidido dar sus vidas contigo. Sonríe. Ríe. Vive. Hazles saber que su rey aún cree que la victoria es posible. Que sus últimas memorias del líder que los guía sean de un Alto Rey digno del título. Y mañana... mañana guíalos, llévalos a un final digno de historia y canción. Que mis últimos recuerdos de mi amigo no sean del muchacho que fue, sino del hombre —del rey— en el que se convirtió. Y luego, en voz más suave, casi un susurro como una brisa que pasa: —Ve.

Esas serían las últimas palabras que se dirían mutuamente.

Y la última vez que Doomwing vería a Elerion con vida, el Alto Rey estaría ciego, su armadura desgarrada, su espada y escudo destrozados, y su cuerpo cubierto de heridas innumerables. Su

estandarte yacía muerto junto a él, leal hasta el final, la bandera del rey pisoteada en la sangre y el barro del campo de batalla. Los cuerpos de sus enemigos se apilaban a su alrededor, y una sonrisa se dibujaba en sus labios mientras quemaba su alma misma como combustible para mantenerse en pie un momento más — y para asegurarse de estar más allá de toda sanación.

A pesar de todo, en medio de aquella batalla más terrible, Elerion podía sentir la mirada de Doomwing sobre él. Si existía alguna posibilidad de salvarlo, el dragón podría intentarlo, una debilidad que Kagami seguramente aprovecharía. Por eso, quemó su alma como combustible para mantenerse en pie, para luchar un poco más — y porque hacerlo le aseguraba estar incluso más allá de la capacidad de Doomwing para sanarlo.

Herido hasta su muerte, Elerion intentó hablar. Pero las palabras no surgieron, ninguna más allá de la sangre que obstruía su garganta y la terrible debilidad que le arañaba los miembros.

“Ve,” quería decir. “No mires atrás a un hombre moribundo. Dirige tu mirada solo hacia el futuro que tú serás el único en vivir para ver.” En cambio, todo lo que pudo hacer fue sonreír.

Y así murió, con una sonrisa en los labios.

Y así Doomwing siempre lo recordaría. No solo como el muchacho del campo con más valor que sentido común, sino como el hombre que murió sonriendo. Un buen rey, pero un amigo aún mejor.